

SOBRE LOS DIÁLOGOS

Oswaldo Ferrari: Estos diálogos nuestros, Borges, han participado de una suerte o de un itinerario particular: de la radio pasaron al diario, y del diario al libro^[1]. Esto contradice, para empezar, la idea de lo efímero que teníamos de las ondas radiales y de los diarios.

Jorge Luis Borges: Sí, el libro parece algo permanente, en todo caso, se espera ese destino, y se lo lee además de otro modo, ¿no? El diario se lee, bueno, para el olvido; la radio se oye efímeramente, pero el libro se lee con una especie de respeto.

—Cierto, todavía.

—Y las letras de molde tienen un prestigio que no tiene la letra manuscrita.

—Claro, ahora, en este caso esas ondas radiales a que nos referimos, y esa página semanal, se han difundido hasta dar forma al libro.

—Sí.

—Y esa difusión, digamos que ayudó a la comprensión de los diálogos.

—Claro, y hemos firmado ciento ochenta y un ejemplares el día de la presentación me acuerdo, sí, yo estaba atónito.

—Sí, pero la buena novedad es que esa comprensión se ha dado entre quienes frecuentan la literatura habitualmente, y entre quienes no están familiarizados con ella.

—Entre quienes se abstienen ascéticamente de la literatura, masoquistas que se castigan no se sabe por qué (ríen ambos), absteniéndose de esa felicidad que nos queda tan a mano a todos. Sin embargo, la gente renuncia a ella; es como si... no sé, como si se negaran al agua, a la respiración, al sabor de las frutas... al amor, a la amistad. Bueno, renunciar a la lectura equivale a eso, un ascetismo que se practica de un modo inconsciente, ya que nadie lo justifica; nadie dice: vamos a hacer méritos, vamos a dejar de leer, con eso seremos premiados en otro mundo. No, se practica así, con espontaneidad, con espontánea inocencia.

Sí, más aún. Si seguimos así ocurrirá algo que yo vi en casa de un señor alemán, hace muchos años; tenía no sé qué obra —era un atlas en muchos volúmenes, o un diccionario— y yo quise consultar uno de los volúmenes, y resultó que eran lomos de libros nada más, no había nada atrás de esos lomos (*ríe*).

—*Un simulacro de biblioteca.*

—Sí, un simulacro de biblioteca, algo típico de ciertos ambientes.

—*Ahora, esta vigencia del diálogo me recuerda, por ejemplo, que Sócrates dirigía el diálogo a todos los ciudadanos de Atenas, y no sólo a los filósofos, según explica Karl Jaspers. Es decir, el diálogo se vuelve accesible a todos.*

—Bueno, fue la conducta, cinco siglos después, de Jesús, también, que como Gibbon hace notar irónicamente, Dios no reveló sus verdades a los hombres doctos o a los filósofos, sino a pescadores, a gente ignorante. Y eso luego lo traduce Nietzsche diciendo que el cristianismo era una religión de esclavos, lo cual es un modo de decir lo mismo pero quizá con menos fuerza.

—*Nietzsche, de quien hemos dicho hace poco que fracasó en su creación...*

—De un libro sagrado.

—*No, en su intento de remplazar a ese Dios que según él había muerto.*

—Sí, parece que fracasó singularmente con Zaratustra, con su león que reía, con su águila, en fin. Todo eso parece tan acartonado y tan viejo comparado con los Evangelios, que son contemporáneos, o mejor dicho, futuros todavía.

—*Fueron anticristos efímeros, digamos.*

—Sí (*ríe*).

—*Esta valorización de cada uno de los ciudadanos, que decíamos había hecho Sócrates al dirigirse a cada individuo, me parece que corresponde a la noción de lo que auténticamente podríamos denominar pueblo. Es decir, todos los ciudadanos o todos los individuos.*

—Sí, porque actualmente pueblo significa la plebe más bien, ¿no?

—*Es un error.*

—Sí, es un error, bueno, un error...

—¿De los políticos?

—... Demagógico. No es un error, es una argucia, lo cual puede ser una forma de error, desde luego. Es una astucia política, ¿no?; se entiende que el pueblo es... sí, lo que mi abuela decía: «El pueblo soberano, rebosante de barbarie». Eso viene a ser el pueblo ahora, y no cada uno de quienes lo componemos, ya que todos somos parte del pueblo. Pero se entiende que no, se entiende que tienen que ser sobre todo los... bueno, no sé si los pobres o los profesionalmente pobres, ¿no?

—Se ha degradado el sentido del término.

—Sí.

—Yo creo que el diálogo tiene, desde Grecia en adelante, una virtud excepcional que es la de crear, digamos, la comunicación civilizada entre los hombres.

—Y además la de permitir, bueno, la de ser lo contrario del dogma. Digamos, cuando Platón inventa el diálogo es como si él se ramificara en diversas personas; entre ellas Gorgias también, y no sólo Sócrates. Su pensamiento se ramifica; se consideran las diversas opiniones posibles, y de algún modo se remplaza el dogma, y la plegaria también. Es decir, se piensa para los temas, se abandona la interjección.

—Y se participa.

—Se participa además.

—Ahora, en la Argentina, he pensado que quizás una de las maneras de salvar esa escasa predisposición nuestra a convertimos en una comunidad, o a actuar en comunidad para el bien común...

—Sería el diálogo.

—Podría ser el ponernos en diálogo, el tomarlo como punto de partida.

—Parece tan difícil; sin embargo, creo que hemos hablado antes del hecho de que una de las diferencias entre el español de España y, digamos, nuestro español sudamericano, o, en todo caso, el de esta región, es que el español de España suele ser dogmático, interjectivo; fácilmente quejoso, fácilmente indignado. Y, en cambio, nosotros hablamos, bueno, con cierta duda, sabiendo que lo que decimos no es infalible —los españoles hablan con el aplomo de quienes ignoran la duda— y nosotros felizmente la conocemos, ya que la duda es una de las más preciosas posesiones del hombre. Es decir, la incertidumbre es una posesión, la inseguridad es una posesión.

—*Y ahora que lo pienso, es quizá la que dio comienzo al diálogo en Grecia.*

—Sí, los hombres empezaron a no estar de acuerdo, y a no estar de acuerdo cortésmente; sin necesidad de asesinarse unos a otros

—*No, rebatiéndose en todo caso.*

—Algo que yo he observado muchas veces es que sólo el judeo-cristianismo ha producido guerras religiosas. En cambio, usted tiene a Ashoka, emperador de la India, que declara la tolerancia; y algo más cercano a nosotros, está el emperador del Japón, que es discípulo del Buda y ejerce ese vago panteísmo que se llama el Shinto. La idea de una guerra religiosa sería del todo incomprensible allí. Pero en Occidente, las guerras religiosas han sido las más crueles, ya que se basan en la intolerancia; en el hecho de suponer que el adversario tiene que ser convertido o aniquilado.

—*Ahí no hay diálogo.*

—No, no, no hay diálogo; como dice Martínez Estrada en un verso admirable: «Fue más piadoso el fuego», o el hierro, son variantes.

—*Son formas de un monólogo.*

—Son formas de un monólogo, sí (*ríe*).

—*Una de las cosas que me parece imprescindible para ese eventual diálogo entre los argentinos sería el dialogar sin prejuicios previos, que es una de las virtudes que yo le atribuyo a usted al conversar.*

—Bueno, yo trato de olvidar los muchos prejuicios que tengo, y aprendí en el Japón aquel admirable hábito de suponer que el interlocutor tiene razón. Uno puede estar equivocado, puede estar tan equivocado como uno el interlocutor; pero en todo caso, el suponer que el interlocutor tiene razón es un buen preludio para el diálogo. El hecho de ser, bueno, hospitalario con opiniones ajenas y posiblemente adversas a las que profesa uno. Y aquí parece que no, en España menos aún. María Kodama me hizo observar que una de las virtudes del francés es que usted está oyendo una conversación en ese idioma, y aunque no pueda seguirla muy bien, usted se da cuenta de que las palabras están señalando matices, indicando pequeñas diferencias; admitiendo cosas, rechazando otras, pero cortésmente. Bueno, que es un idioma... pensativo, digamos; que no es un idioma que parte de una verdad presupuesta, sino que está estudiando los diversos matices, las diversas posibilidades de un tema cualquiera. Y eso se oye en el modo de hablar de los franceses.

—*Todo eso evita que «el diálogo sea condenado a muerte» antes de comenzar.*

—Sí, tendríamos que llegar al diálogo, tendríamos que volver a esa antigua invención griega, y quizá platónica.

—*Y sobre todo aquí, en la Argentina. Pero, estamos conversando en este principio de mayo de 1985, y en la inminencia de un nuevo viaje suyo.*

—Sí, parece que dentro de poco seré californiano, después neoyorquino; y luego podré decir, como Pablo de Tarso, *Civis Romanum Sum*, soy un ciudadano romano. Y recuerdo por enésima vez aquello de Chesterton, que dijo que si alguien va a Roma, y no tiene la sensación o convicción de volver a Roma, el viaje es inútil. Es decir, Roma ha sido nuestro punto de partida... claro, hemos nacido un poco a trasmano, bueno, en un continente ignorado por Roma, y en un hemisferio apenas sospechado por ellos; pero de algún modo soy un romano, o mejor dicho, un griego en el destierro.

—*Sí, el viaje empieza, entonces, esta vez, por California.*

—Sí, voy a tener que hablar, creo que se trata de tres conferencias; no sé si dos en castellano y una en inglés, o dos en inglés y una en castellano, en la Universidad de Santa Bárbara; que viene a quedar —en fin, mi geografía es bastante vaga— creo que al sur de California. Después habrá algo ante un grupo de... no sé, psiquiatras o psicólogos o astrólogos, en fin, o sociólogos.

—*Alguna de esas disciplinas modernas.*

—Alguna de esas disciplinas imaginarias, en Nueva York. Y luego, creo que va a ocurrir algo, también de carácter discursivo —y en mi caso, bueno, vacilante— en Roma. Y después vuelvo, y también hay un porvenir oral de ese tipo aquí, pero más adelante, mejor es no pensar en eso ahora; yo ya sé que lo más terrible de todos los hechos son las vísperas: una conferencia puede no ser terrible. Mañana hablaré en Morón sobre ese muy querido amigo mío, Santiago Dabove, discípulo de Macedonio Fernández; lo conocí en la tertulia de Macedonio. Pero mejor es que no piense en eso, ya mañana las cosas saldrán a su modo; sin duda está prefijado todo, cada vacilación mía está prefijada.

—*Las vísperas se vuelven opresivas.*

—Las vísperas sí, pero podemos tratar de olvidar que son vísperas, y dejan de serlo; claro, en cualquier momento estoy hablando en Morón.

—*Naturalmente. Ahora recuerdo que en uno de nuestros primeros diálogos — creo que en marzo del año pasado— usted se encontraba, de la misma manera que*

ahora, ante un viaje que empezaba o culminaba en Roma.

—Sí, creo que sí, bueno, «culminaba» queda mejor para Roma, ¿no?

—*Todos los caminos conducen...*

—Sí, y Roma es no sólo las colinas que sabemos, sino la ciudad misma; es un ápice.

—*Esperemos, entonces, que el futuro camino vuelva a conducir al diálogo como hasta ahora.*

—Y, sin duda ha de hacerlo.

—*Pero no sólo entre nosotros sino entre los argentinos.*

—... Sí, y sería tiempo ya, ¿eh?; *high time* como dicen en inglés. Se ha perdido... bueno, toda la historia argentina es una especie de búsqueda de ese diálogo al que no se llega, ¿no?

—*Es cierto.*

—A mí me educaron, a pesar de un vago parentesco con Rosas, dentro de la tradición unitaria —un poco como en los films rusos, o en los primeros films americanos—: todo el bien estaba de un lado, todo el mal del otro. Y ahora puedo llegar a pensar que hay... algún bien en los otros y algo malo en mí.

—*Me parece estupendo.*

—Sí, tendríamos que llegar todos a esa convicción, ¿no?

—*No va a ser fácil, pero lo suyo es un buen ejemplo.*

—No, será cuestión de esperar unos cien años o algo así —lo cual históricamente no es nada—. Yo no lo veré, pero lo verán otros.